

CAPITULO VII.

Francisco es nombrado gran limosnero de la princesa Cristina.
Rehusa los mas ricos beneficios. Otros rasgos de su desinterés.
Es víctima de una calumnia.

(Año 1619.)

Los grandes trabajos á que se entregaba el Obispo de Ginebra por el bien de las almas, no le hicieron descuidar otra mision de un órden diferente que tenia que llenar en la corte. Debia contribuir por su parte á conducir á buen término el proyecto del casamiento entre el príncipe del Piamonte y Cristina de Francia, hermana del Rey. Se presentó en la corte cuanto fue necesario para el éxito de la negociación, y dispuso favorablemente los ánimos; pero cuando se llegó á precisar las condiciones del contrato, graves dificultades se levantaron entre los plenipotenciarios del Duque de Saboya y los ministros de Francia; cuanto mas se discutia, mas divergian; y por último, la diferencia se envenenó hasta tal punto, que los enviados del Duque, perdiendo toda esperanza, pensaban ya en volver al Piamonte, cuando el Obispo de Ginebra les dijo un dia al salir del altar: «Esperad, Dios lo hará todo.» En efecto, pocos dias despues el contrato fue terminado con las condiciones mas ventajosas para el Piamonte, comprometiéndose el Rey á dar en dote á su hermana cuatrocientos mil escudos, y por viudedad cuarenta mil libras de renta.

El Príncipe del Piamonte, que habia quedado en Turin esperando el resultado de la negociacion, no bien supo este desenlace se puso en camino, acudiendo con una diligencia prodigiosa para aquella época; y menos de un mes despues, terminados los convenios, la ceremonia del casamiento se celebraba en París por el Cardenal de la Rochefoucauld, gran limosnero de Francia, asistido por el Obispo de Ginebra.

Como todos atribuian la conclusion de una alianza tan deseada á las oraciones y prudencia de Francisco, el Príncipe del Piamonte quiso presentarle á la Princesa su esposa, y esta le nombró al punto su limosnero mayor. Todo el mundo aplaudió su eleccion y felicitó por ello á la Princesa, porque los mismos cortesanos, que tan raramente alaban la piedad, no se cansaban de alabar al Obispo de Ginebra. Le habian visto presentarse en la corte solo cuando lo exigía su mision; y siempre con la dignidad de su carácter y virtud, amable sin lisonja, lleno de majestad sin orgullo, de prudencia sin artificio, en una palabra, como la imágen de Dios sobre la tierra, segun las palabras entonces célebres del gran prior de Francia, Alejandro de Vendome. Solo el santo Obispo se sorprendió de su nombramiento, pues era en lo que menos pensaba. «Ni directa ni indirectamente he ambicionado este cargo, escribia á la santa Madre Chantal (1); no tengo mas ambicion que la de poder emplear el resto de mis dias en el servicio de Nuestro Señor.» Tenia una aversion decidida á la vida de la corte (2); no aspiraba sino á residir en su diócesis; y si aceptó este cargo, fué porque la gracia con que la Princesa se lo ofreció y las vivas instancias que le hizo para que lo aceptara no le permitieron rehusarlo; pero puso dos condiciones: primera, que este cargo no perjudicaria en nada sus deberes de Obispo ni su residencia en Annecy; y segunda, que no tomaria ningun sueldo como limosnero. La Princesa, para completar su favor, le regaló un magnífico diamante de quinientos escudos, y al recibirlo la hizo conocer el uso á que los destinaba. «Qué bien les va á venir, señora, le dijo, á nuestros pobres de Annecy.» (3)

Presentado luego á la Princesa Enriqueta María de Francia, tambien hermana del Rey, y viendo la gran parte que tomaba en el regocijo general, de que la Princesa

(1) Carta CDLXXXI.

(2) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sec. II.

(3) Carlos Aug., p. 524.

Cristina era objeto, la predijo que tendría algún día una gloria mas sólida, y que Dios la destinaba á sostener su Iglesia; prediccion que justificó el tiempo, porque todo el mundo sabe que, casada con Carlos Stuart, primero de este nombre, Rey de Inglaterra, esta Princesa honró á la Iglesia católica con sus grandes virtudes; que obligada en 1644 á volver á Francia para evitar la persecucion de sus súbditos, tuvo á la vez el dolor de dejar al Rey su esposo en manos de los súbditos rebeldes, que le decapitaron, y la dicha de llevar sus infortunios con una fe tan viva, que los colocaba en su estimacion á la altura de las mayores gracias.

Por este mismo tiempo, habiendo vacado la abadía de Santa Genoveva, que valia cuatro mil escudos de renta, los amigos del santo Obispo fueron á manifestarle que este rico beneficio estaba á su disposicion; que si queria aceptarlo, el Rey tendría un gran placer en nombrarlo; y que por otra parte, este aumento de fortuna le ponía en estado de hacer mas bien y de sostener mejor el honor de su dignidad. «No, les contestó, no quiero esta abadía; no tengo necesidad de ella.» En vano insistieron y aun le reconvinieron por su indiferencia, no desistiendo de su resolucion (1). Esta negativa fué el preludio de otra memorable.

El Cardenal de Retz, Obispo de París (2), fué á proponerle fuera su coadjutor con la futura sucesion á esta gran diócesis (3). Deseaba vivamente asegurar á la diócesis de París un prelado de quien decia siempre que no creía que la Iglesia hubiera tenido un Obispo mas santo desde San Martín y San Ambrosio, un doctor mas sabio desde San Agustín y Santo Tomás, ni un personaje mas piadoso desde San Bernardo y San Ildefonso (4). Francis-

(1) Carlos Aug., p. 526.

(2) París no fué erigido en arzobispado sino tres años despues, es decir, en 1622.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. VI.

(4) Dep. del Marqués de Lullin.

co contestó á esta proposicion como á la de la abadía de Santa Genoveva. El Cardenal, para vencer su resistencia, se comprometió á pasarle una gran pension hasta que fuera titular, á dejarle ámplios poderes para manejar la diócesis á su gusto, á hacer nombrar Obispo de Ginebra á su hermano Juan Francisco y á pagar los gastos de las letras apostólicas y otros derechos de la corte Romana; además, le hizo conocer el gran bien que podia hacer en medio de un pueblo que le amaba tanto, y añadió, por último, el vivo reconocimiento que él mismo le conservaria siempre si aceptaba. Todo fué inútil, y el hombre de Dios dió gracias al Cardenal por su benevolencia, le expuso que unido como estaba hacia tantos años á la iglesia de Ginebra, no queria separarse de ella por lo mismo que era pobre, que la carga de esta diócesis pesaba ya demasiado sobre sus hombros, y que si la dejaba sería para no tomar otra; que además caminaba á la vejez, y sentía ya sus molestias acompañadas de frecuentes enfermedades. «La diócesis de Ginebra, »dijo, es la porcion de la viña que Dios me ha llamado á »cultivar; no puedo renunciar á ella sin esponer mi salvacion. No nos damos á la Iglesia para hacer una gran fortuna, sino para trabajar en el campo designado por el »Padre de familia.» (1) El Cardenal se vió obligado á desistir, y Francisco continuó contento en su modesta posicion. «¡Cuánto placer me dió ayer mi corazón! decia á su »amigo el presidente Favre. No solo no tuve una mirada »de complacencia á las grandezas que me ofrecia, sino que »las desprecié, como si hubiera estado á la hora de la »muerte, donde el mundo entero no parece mas que humo. »Me dicen, añadió, que me sería mas útil ser mas rico; »pero yo soy tan rico como los Obispos de Francia, porque »los que tienen mas gastan mas, y al cabo del año ellos y »yo estamos iguales.» (2)

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 17 de abril.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. VI.

(2) Dep. de la Madre Chaugy.—Carlos Aug., ps. 525 y 526.

Las ilusiones de la gloria no le deslumbraron mas que el brillo de las riquezas. Rodeado de los aplausos de todo lo que habia de mas grande en París, honrado de la corte y de todas las clases de la sociedad, que le reverenciaban como á un santo, y le proclamaban el predicador mas sábio y elocuente de su siglo, se mantenía siempre en la humildad; cuanto mas le exaltaban mas se abatía á sus propios ojos, y se ruborizaba ante el Señor de su nada y sus miserias. La opinion de los hombres no era, en su sentir, sino una deplorable vanidad, las grandezas del mundo, pequeñez; todo lo que pasa, ilusion; y gemía al ver que almas inmortales se dejaban seducir por bienes tan falsos. «¡Oh Dios, escribia á la santa Madre de Chantal (1), cuánto mas vale ser pobre en la casa de Dios que habitar los palacios de los reyes! Estoy haciendo aquí el noviciado de la corte, pero nunca profesaré en ella. La corte es el centro de todas las delicias del mundo, el eco de todas sus máximas, doble razon para que la aborrezca. Gracias á Dios, he aprendido á ser en la corte mas sencillo y menos mundano. ¿Es posible que despues de haber considerado la bondad y eternidad de Dios podamos amar esta miserable vanidad del mundo? El otro día prediqué delante de la Reina; pero no prediqué con mejor corazon ante estos príncipes y princesas que en nuestro pobre y pequeño convento de la Visitacion de Annecy..... La reina me ha colmado de bondades, pero no por eso estoy mas satisfecho. La vista de las grandezas del mundo eleva mi espíritu á considerar la grandeza de las virtudes cristianas, y me hace amar mas el desprecio. ¡Qué diferencia entre esta aglomeracion de intrigantes (porque la corte no es otra cosa) y la reunion de las almas religiosas, que no tienen otra pretension que ir al cielo! ¡Oh, si supiésemos en qué consiste el verdadero bien!» (2)

Entre tanto el príncipe del Piamonte pensó en volver

(1) Carta CDXCII.

(2) Carta CDLXXIV.

á su patria, y todos los de su comitiva se dispusieron á partir con él.

Esta partida fue un verdadero pesar para los amigos del Obispo de Ginebra. Nadie, sin embargo, lo sintió tanto como dos nobles señoras, de un mérito mas elevado aún que su posicion social, la señora de Phelippeaux, condesa de Ville-Savin, y la presidenta Lomoignon. La primera, no menos notable por su exactitud en el cumplimiento de todos los deberes de la piedad que por su celo por los intereses de la religion, le lloró como al ángel que la conducía por los caminos del cielo. Él es, decia, quien me ha enseñado á servir á Dios como Dios manda, es decir, con sencillez, sin rodeos y sin escrúpulos. La segunda, verdadera heroína de su siglo por su amor á Dios, su caridad con los pobres, su celo ilustrado en la educacion de sus hijos, á los que procuraba dejar como principal herencia, por una parte el ejemplo de sus limosnas, y por otra una fe viva en las máximas evangélicas, se afligió por perder un modelo acabado de perfeccion, que se consideraba feliz en tener á la vista para trabajar en hacerse conforme á él, porque encontraba en Francisco de Sales el tipo de la mas alta santidad, acompañada de maneras tan afables y corteses, que tenia costumbre de decir, que «aun cuando Monseñor de Ginebra no fuera un santo como era, sería siempre el hombre mas bueno y cortés que había conocido.» Por eso, en el momento de la despedida se deshizo en lágrimas con toda su familia. El Obispo procuró contenerse, pero habiéndose quejado la presidenta de que los dejaba con indiferencia, su corazon se enterneció, y segun el consejo del apóstol, lloró con los que lloraban.

Habiéndose puesto luego en camino, acompañó á Angulema al Príncipe del Piamonte, que queria ir á ofrecer sus homenajes á María de Médicis, disgustada con el rey su hijo por razones de estado que no nos toca referir aquí; allí fue colmado de las bondades de la Reina madre, que se acordó haberle conocido cuando su primer viaje á París, bajo el reinado de Enrique IV, y luego, habiendo venido

á Amboise, donde estaba toda la corte, volvió á emprender el viaje de Saboya con los nuevos esposos y toda su comitiva, pasando por Bourges, Moulins y Lyon: feliz itinerario que le proporcionó ocasion de visitar todas las casas de su Orden, fundadas en estas ciudades. Cuando fue á Bourges condujo á las casas religiosas á la princesa, de quien era limosnero; pero no quiso nunca presentarla en las de la Visitacion, y cuando sus hijas, frustradas en su esperanza, le espusieron su queja: «Quiero, les dijo, enseñaros á ser humildes, ocultas y enteramente desprendidas de todas las vanas curiosidades de la tierra.» (1)

Llegado á Lion, recibió la visita de dos caballeros reducidos á tan extrema pobreza, que no tenían sino harapos por vestidos; y aunque no le quedaba sino muy poco dinero, les hizo comprar vestidos adecuados á su condicion (2). Otro personaje, atraído por la reputacion de su dulzura, movido con la lectura de la *Introduccion á la vida devota*, acudió de una distancia de cuatrocientos ochenta kilómetros, á pedirle le confesase en un lugar secreto, donde nadie pudiera verle ni conocerle. Estaba ya muy avanzado el día y Francisco muy agobiado de negocios, y le rogó dejase la entrevista para otro momento; el forastero insistió y declaró al santo prelado que sería responsable de su alma y de su suerte si no le escuchaba en el momento mismo. Los amigos de Francisco se asustaron, y sospecharon en este modo de proceder la astucia de algun hereje que quisiera atentar á su vida; pero el hombre de Dios, que no conocia el miedo, le designó para oírle el locutorio de la Visitacion, á donde al punto se dirigió. Llegado el forastero cerró las puertas con cerrojos, cortó el cordon de la campanilla para que nadie le interrumpiera en la accion que iba á ejecutar, rogó al Obispo que se sentara, y cayendo de rodillas, le hizo durante cuatro horas su confesion general: salió despues de haberla terminado,

(1) Historia de la fundacion de Bourges.
(2) Dep. del Can. Gard.

montó á caballo y desapareció, sin que se haya sabido nunca despues quién era (1).

Francisco se dirigió de allí á Grenoble, donde monseñor de Lacroix, coadjutor de esta ciudad, le reservaba el honor de bendecir la primera piedra del monasterio de la Visitacion, recientemente fundado en esta capital del Delphinado; pero fué tanta su humildad que rehusó este honor, y no quiso ser, en esta ceremonia, sino el asistente del Obispo. Le invitaron á predicar, y como no rehusaba nunca la palabra de Dios, demostró en su lenguaje la necesidad de trabajar en la construccion espiritual y material de las casas de Dios, que son nuestras almas y las iglesias (2).

De vuelta á Annecy, probó á todos que habia vuelto de la corte mas desprendido que habia ido, porque habiendo encontrado el pais desolado con el hambre, hizo distribuir granos y limosnas en proporcion á la necesidad, mandó á los confesores cuidasen de los pobres vergonzantes, y que cuando los socorros de que podian disponer no bastasen, reclamaran para ellos las larguezas de los ricos. Por entonces, habiéndole presentado su mayordomo el estado de las rentas del obispado durante el año de su ausencia, «no puedo tomar nada, contestó, no lo he ganado;» é hizo seis candeleros y una lámpara de plata y unos ornamentos de tisú de oro para la catedral (3).

Habiendo sus procuradores durante este tiempo ganado litigios importantes contra varios caballeros que querian usurpar los derechos de la Iglesia, el mayordomo, cuyos recursos estaban muy escasos, quiso exigir rigorosamente la indemnizacion y costas de los pleitos, mas nunca lo consintió el Obispo. «Pero, decia el mayordomo, estas costas ascienden á una suma considerable.—»¿Y contais por pequeña ventaja, replicó, el ganar los corrazones, que estos pleitos han convertido quizás en ene-

(1) Dep. de Favre.—Carlos Aug., p. 528.
(2) Año Santo de la Visitacion, 21 de octubre.
(3) Carlos Aug., p. 529.

»migos míos? Por mi parte lo considero lo principal de todo. Soy padre, y debo tratarlos como á mis hijos, así quiero que vayais á buscarlos, y les digais de mi parte que les perdono lo pasado que me deben y las costas del pleito, con la sola condicion de que reconozcan en lo sucesivo, como se lo ruego, los derechos del obispado declarados por la sentencia del senado.» Fué preciso que el mayordomo se pusiese en camino y buscara á estos caballeros para calmar su disgusto, obtener de ellos el convenio que pedia el Obispo y declararles perdonado todo lo pasado, en lo que empleó quince dias de negociaciones y viajes (1).

Tal era siempre la noble conducta de Francisco para los que perdian algun pleito contra los dependientes del obispado; y siempre que iban á pedirle les perdonara las multas á que habian sido condenados, lo hacia. Un dia que Rolando, su mayordomo, le representaba que la suma de que habia hecho donacion hubiera sido necesaria para el gasto de la casa, y que si esto continuaba se veria obligado á dejar la mayordomía, que su escesiva bondad hacia inútil: «Rolando, amigo mio, contestó Francisco, no os disgusteis; si esta gente no hubiera faltado, hubiéramos tenido que pasar sin sus multas. ¿No sabeis que no quiero litigar para enriquecerme, sino solo para mantener los derechos de la Iglesia y á los inferiores en su deber?» Rolando no se dejó vencer por estas razones, y no cesaba de prorumpir en quejas. «Pero, repitió su bueno, ¿acaso no veis que ahora, que hemos ganado nuestro pleito para mantener los derechos de la Iglesia, es preciso volver á ganar la amistad de nuestro prójimo, que perdemos ordinariamente litigando; cuando si fuera posible, sería necesario litigar para ganar esta amistad cuando no la tenemos, porque un padre debe hacerse amar de sus hijos?» (2)

(1) Carlos Aug., p. 529.

(2) Dep. de la Madre Chaugy.

Aunque empobrecido por su mucha caridad pastoral, Francisco encontraba siempre algo que dar á los que tenían necesidad. Una pobre joven que habia convertido en otro tiempo á la religion católica, y que mantenía hacia tiempo á su costa, no podia por falta de dote encontrar un partido para casarse. La hizo donativo de quinientos florines, ó sea doscientos veinticinco francos, y con este acto de generosidad le aseguró su porvenir. Un caballero de Malta de su diócesis habia sido cogido por los turcos, y el hermano del cautivo estaba inconsolable por no tener medios para pagar su rescate. Francisco lo sabe, va al punto á ofrecerle su vajilla de plata, y ya se habia dado la orden de venderla cuando llegó la noticia de la muerte del desgraciado prisionero (1).

Sin embargo, una virtud tan noble tuvo que sufrir por este tiempo una horrible tempestad. Consultado sobre un proyecto de casamiento, se habia limitado á declarar las bellas cualidades del jóven, y á recibir la promesa mútua de casarse, que los futuros esposos habian venido á hacer en su presencia.

No habiendo sido este matrimonio del gusto de la familia, se dijo que él lo habia arreglado y terminado. De ahí las críticas mas severas, censuras mordaces é invectivas furiosas contra el hombre de Dios (2). Pero en medio de esta tempestad, lejos de perder ni un instante su paz y serenidad, fue el primero en consolar al caballero de su desgracia con una carta llena de bondad (3). Escribió al mismo tiempo á sus acusadores (4), «rogándoles que tuvieran á bien aliviar su alma, quejándose á ellos mismos de sus quejas, que le afligian y admiraban;» y eso hecho quedó en paz. «La Providencia, dijo, sabe la medida de reputacion que necesito para hacer su obra, y no quiero

(1) Dep. de Favre, que recibió la orden de vender esta vajilla.

(2) Juan de San Francisco, p. 412.

(3) Carta DXVI.

(4) Carta CDLXXXIII.

»ni mas ni menos que la que le agrade que tenga. No me
 »he alterado ni por las censuras ni por los vituperios que
 »dicen contra mí (1). Sé que delante de Dios no tengo fal-
 »ta en esto; quisiera, sin embargo, ganar la voluntad de
 »estos señores en favor de mi ministerio, pero si no lo
 »puedo conseguir no dejaré de caminar á pesar de la
 »buena ó mala reputacion, pues siempre tendré mas de la
 »que merezco.....» «He entregado á la Providencia todos es-
 »tos vientos desencadenados, escribe á la Madre Chantal,
 »para que soplen ó se calmen, y quiero lo que Dios quie-
 »re, y de este modo la calma y la tempestad me son indi-
 »ferentes. *Bienaventurados sois cuando los hombres dicen*
 »*mintiendo toda suerte de mal contra vosotros por mí* (2).
 »Si el mundo no tuviera que decir de nosotros, no seria-
 »mos siervos de Dios. He recomendado este negocio á la
 »Santísima Virgen, y he resuelto dejarlo en su seno. Opo-
 »niéndose á las olas solo se coge la espuma. No seais tan
 »tierna conmigo; es preciso querer que me censuren; si no
 »lo merezco por una cosa, lo merezco por otra. ¿Acaso ha-
 »bria yo de querer estar solo en el mundo exento de opro-
 »bio? Hay amor propio en querer que todo el mundo nos
 »ame y todo redunde en nuestra gloria.»

(1) Carta CDXXXI.

(2) Carta CDLXXXVI.

CAPITULO VIII.

Francisco envia á su hermano á Turin de primer limosnero de la Princesa del Piamonte, y predica el Adviento en Annecy.—Ultrajes que le hacen.—Da unas constituciones á los ermitaños del monte Voiron.—Gracias extraordinarias y milagros.—Desprecio de los honores.—Su dolor al saber la defeccion de uno de sus amigos.—Viajes á la Abadía del Sixt y santa muerte del Abad.

(Años 1619 y 1620.)

Como Francisco no habia aceptado el cargo de gran limosnero de la Princesa del Piamonte, sino con la condicion de que residiria siempre en su diócesis, la Princesa le pidió, para que le reemplazase con el título de primer limosnero, al canónigo Juan Francisco, su hermano y vicario general. El santo Obispo, considerando á su hermano mas á propósito que él para vivir en la corte, accedió con gusto á esta proposicion, y Juan Francisco partió para Turin. Se condujo allí con tanto juicio y discrecion y se hizo amar tanto de todos, que al cabo de dos meses de servicio, el Duque de Saboya pidió para él al Papa la coadjutoría de Ginebra, queriendo así á la vez recompensar su mérito, aliviar á su santo hermano y honrar á la Princesa, á la que correspondia tener por primer limosnero á un Obispo (1).

Esta noticia llenó de gozo el corazon paternal del santo Obispo de Ginebra, y se apresuró á dar gracias al Duque de Saboya y á la Princesa del Piamonte, en unas cartas que respiran la mas plena adhesion (2).

Durante este tiempo, siempre ocupado de la salvacion de su pueblo, el santo Obispo esplicaba todos los domingos en su catedral los Mandamientos de la ley de Dios.

(1) Carta CDXCV.

(2) Cartas DXII y DXXII.